

Bodas de Plata

FUNDADORES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Declaración

La Universidad Pontificia Bolivariana al celebrar su Jubileo de Plata rinde público testimonio de devoción y de admiración para quienes realizaron hace 25 años la hazaña de crearla, la proeza maravillosa de sacarla de la nada para bien de la patria, de la cultura y de la Iglesia. A ellos —los fundadores— que hicieron factible esta egregia realidad universitaria, el claustro bolivariano les asegura que los principios tutelares que alumbraron la fundación, constituirán siempre la norma y razón de todo su ejercicio cultural. Los principios católicos y los prospectos colombianistas, los atributos morales y las virtudes civiles que aquí sembraron hace cinco lustros los fundadores, siguen y seguirán vigentes, porque el claustro aspira a que la Universidad Pontificia Bolivariana, que fue hechura de unos pocos, sea siempre para todos los bolivarianos que hoy y en lo futuro egresen de sus aulas una fiel irradiación de la programática inicial, imagen y semejanza del ideal vivo de los fundadores. El claustro garantiza que el gesto admirable y los nombres insignes de sus fundadores serán siempre la tutela y el símbolo, el acicate y la ruta para todos sus afanes.

En este ágape cordial que congrega a la familia bolivariana, la Universidad riende sus banderas y su espíritu ante la tumba de los fundadores muertos. Recordémoslos al amparo de una íntima plegaria para sus almas:

Excelentísimo Señor Tiberio de J. Salazar y Herrera, Monseñor Manuel José Sierra, Dr. Juan Evangelista Martínez, Dr. José Manuel Mora Vásquez, Dr. Francisco E. Tobar, Dr. Manuel Restrepo Jiménez, Dr. Julio E. Botero, y Dr. Bernardo Echeverri.

Alcides Grau del Valle, Abelardo Tamayo V., Gustavo Restrepo G., Francisco Cardona R., Manuel J. Betancur B. y Alejandro Palacio.

Así mismo entrega a sus fundadores vivos el escudo conmemorativo a sabiendas de que en sus pechos lucirá con orgullo, porque ellos fueron los mejores en aquel histórico momento —quince de septiembre de 1936— y hoy se congregan otra vez para medir en el tiempo y en el espacio la imponderable magnitud de su obra. Son ellos:

Monseñor Félix Henao Botero, Dr. Alfredo Cock Arango, Dr. Alfonso Restrepo Moreno, Dr. Guillermo Jaramillo Barrientos, Dr. Eudoro González Gómez, Dr. Nicolás Vélez Botero, Dr. Rafael Restrepo Maya, Dr. David Córdoba Medina,

Dr. Cayetano Betancur Campuzano, Dr. Fernando Gómez Martínez, Dr. Gonzalo Restrepo Jaramillo, Dr. Bernardo Ceballos Uribe, Dr. José María Bernal.

Ignacio Betancur Campuzano, Miguel A. Londoño S., Germán Fernández Jaramillo, Alberto Arango Restrepo, Gustavo Cadavid Sierra, Alfonso Correa Bernal, Gonzalo Arango Escobar, Luis Javier Velásquez M., Alfonso Betancur Buri-ticá, José Castrillón Hernández, Rafael Posada Londoño, Noel Restrepo Moreno, Alberto Mejía Montoya, Víctor Carvajal Ortega, Bernardo Berrío Velilla, Juan Mejía Uribe, Guillermo Valencia Rodas, Bernardo Vieira Jaramillo, Jesús Muñoz Duque, Alfonso Quintero Osorio, Jaime Pérez Vásquez, Jorge Ríos Gutiérrez, Guillermo Fonnegra Sierra, José Mejía y Mejía, Humberto Restrepo Jaramillo, Cenón Sierra Sierra, Braulio Duque Gallo, Teódulo Franco Gómez, Abel Naranjo Ville-gas, Luis Arcila Ramírez, Guillermo Botero R., Darío Navarro Ospina, Gabriel Henao Mejía, Fernando Mora Mora, Gabriel E. Gallo R., Jorge Botero Ospina, Ga-briel Molina Cardona, Jorge Luis Arango J., Víctor Pacheco Osorio, Javier Ra-mírez G., Luis Elorza Fernández, Arturo Tobón Acosta, Guillermo de la Cuesta C., Jesús Arango Muñoz, Rafael Montoya Mejía, Leonidas Gómez Botero, Carlos Arango Hoyos, Jorge de la Cuesta C., José Nicolás Jaramillo, Jaime Tobón Obre-gón, Marco A. Peña B., Manuel Echavarría David, Alfonso Ferrer López, Ramón Quirós Monsalve, Horacio Londoño Pardo, Alfonso Noreña Angel, Jairo Arango Gaviria, José Luis Aramburo A., Bernardo Pérez Mejía, Eugenio Sanín Echeverri, Fernando Morales Cano, Enrique González Villa, Manuel S. Zuluaga A., Gabriel Zapata Cadavid, Guillermo Martínez Villa, Jaime Gil Sánchez, Luis López Gómez, Guillermo Echeverri R., Antonio Angel Escobar, Hugo Restrepo Arango, Pedro Nel Posada G., Gabriel Osorio Isaza.

EL MENSAJE DEL CANCELLER

Por el Excmo. Señor Tulio Botero Salazar

“Nada hay más a propósito para extender el reinado de Jesucristo Nues-tro Señor por todo el mundo, como lo desea el mismo Cristo y lo deseamos los hijos de la glesia, como la ciencia verdadera, que aunada con la fe, ilumina las inteligencias y forma los grandes caracteres”, dijo en el decreto de fundación el Excmo. Señor Tiberio de J. Salazar y Herrera, fundador y primer Canciller de la Universidad.

Está aquí compendiada la “triple llama”, de que habla Su Santidad Pío XII como ideal universitario: ciencia, instrucción religiosa e ideario patrio, que el artículo segundo de los Estatutos establece con claridad: “La Universidad es una institución católica, docente y social. Está ordenada a contribuir al desarrollo de los estudios y a preparar la juventud para la ciencia y el ejercicio de las pro-fesiones, mediante una sólida instrucción y una educación religiosa y moral, ba-sada en los principios del catolicismo. Su finalidad docente incluye el ideal patrio”.

Al cumplirse el vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Uni-versidad Pontificia Bolivariana queremos, en nuestra condición de Canciller y en nombre de la Iglesia, dirigiros a vosotros, carísimos superiores, profesores, em-pleados y alumnos de la Universidad, este mensaje, en el cual se compendian los

medios y fines que debéis buscar para alcanzar triunfos tan gloriosos, y aún más, como los que brindáis a la Iglesia y a la Patria.

La ciencia es llama que ilumina el ideal universitario. — *Ut filii lucis ambulat.* “Ahora sois luz en el Señor: andad, pues, como hijos de la luz” (1).

“La madurez de los años, dice Pío XII, os dirá cuánto habéis de agradecer a Dios que os haya escogido para los senderos de la ciencia, la cual, a cambio de las muchas fatigas que exige, sabe dar a sus cultivadores satisfacciones inestimables y títulos de auténtica nobleza, que, exceptuando el arte, ningún otro trabajo puede procurar. ¡Qué espléndido decoro de la persona es la ciencia profundizada, poseída y utilizada para bien de los demás! ¡Qué íntimas satisfacciones, no del amor propio, sino de la primordial tendencia humana hacia el saber y hacia sus más amplias perspectivas! Pocos bienes temporales pueden equipararse a ella en el perfeccionamiento del hombre” (2).

Mas este privilegio que os ha concedido Dios engendra en vosotros graves responsabilidades sociales: no sois una casta privilegiada, anota el Papa, sino simplemente hombres cargados de graves responsabilidades, para las cuales debéis prepararos convenientemente.

Los talentos que habéis recibido no los podéis enterrar (3), pues día llegará en que Dios os llame a pedir os cuenta de su administración (4).

La instrucción religiosa es la segunda llama que ilumina el ideal universitario. — El hombre de ciencia debe ser un hombre de fe. El conocimiento profundo de la fe sobrenatural es el más alto deber del universitario católico porque esa fe aclara el camino de la vida.

Esta fe, entendida como una sumisión amorosa y humilde a la autoridad divina manifestada en la revelación, es la única que colma el ansia de conocimiento y el deseo de la felicidad del hombre. De aquí que sea deber primordial del estudiante católico convertir en “posesión personal consciente”, la fe recibida en el bautismo.

La ciencia que no está compensada con una fe sincera convierte al hombre en instrumento ciego del orgullo y de las pasiones, malogra los frutos esperados, deja vacía la voluntad y pervierte el corazón.

La llamada crisis religiosa de las universidades tiene como origen, casi siempre, no propiamente la inteligencia, sino el desorden de la voluntad. “La decadencia de los principios religiosos, escribe Descuret, es casi siempre indicio de alguna vergonzosa pasión”, y el filósofo Balmes agrega: “Las enfermedades morales tienen siempre su origen en el corazón, porque nadie se declara librepensador sin ser un libertino”. Por esto agrega Pío XII: “la pureza de costumbres es el más seguro apoyo para un avance real en el saber” (5).

Vosotros, carísimos alumnos de la Universidad Pontificia Bolivariana, aspiráis a ser profesionales que cumplan con dignidad y decoro el oficio que vuestros

1) — *Efesios V, 8.*

2) — *Discurso del 15 de junio de 1952.*

3) — *San Mateo XXV, 25.*

4) — *San Lucas XVI, 2.*

5) — *Di vivo gradimento, 9.*

Bodas de Plata

conocimientos os reserva en la sociedad: entonces, recordad esta enseñanza del mismo Pontífice: “Una vida conforme a la dignidad del hombre es sólo posible si los individuos, como la comunidad y las autoridades públicas, se asientan sobre el fundamento de la religión y reconocen a un Dios personal, su orden y sus mandamientos” (6).

El cumplimiento de vuestros deberes profesionales exige la sumisión a las normas de la ética, acomodadas a cada actividad: pero estos principios éticos resultan inoperantes si no tienen como fundamento a un Sér Infinito, Supremo Legislador moral, que ha de juzgar vuestras acciones de conformidad con su Ley inmutable. “Con Dios en la mente, declara Pío XII, con Dios en el corazón, con Dios en la profesión, conformándoos sin titubeos a su sabia ley y a sus amables disposiciones, a veces misteriosas, podréis afrontar con ánimo tranquilo la ardua navegación que os espera. Sin El, aún las actividades profesionales, y especialmente aquellas que guardan más íntimas relaciones con el espíritu humano, como la filosofía, la enseñanza, la jurisprudencia, la medicina, la política, quedarían mermadas en su vigor” (7).

La iluminación que os proporcionan la ciencia y la fe, no ha de quedar ociosa, pues, según lo anota San Pablo: “El fruto de la luz es todo bondad, justicia y verdad” (8).

El amor patria es la tercera llama que ilumina el ideal universitario. — Pío XII describe magistralmente el ideal patrio, que los Estatutos de vuestra Universidad consagran en el Artículo 2º:

“El porvenir de la Patria entre los pueblos modernos y civilizados depende primariamente de su juventud universitaria. Por esto, todas las clases ciudadanas miran a las filas universitarias con temblorosa esperanza y, secundando una antigua tradición, suelen rodearlas de amable simpatía; por esto los grupos de profesionales ya mayores siguen atentamente sus vicisitudes; por esto, los Estados no ahorran sacrificios para asegurar en cuanto les es posible a las universidades estabilidad e incremento. Y la patria se confía en vosotros... en el curso normal de la vida nacional, que vosotros alimentaréis con el ejercicio cotidiano de vuestra profesión. Para vuestra Patria sois vosotros, no exclusivamente, pero si con preferencia a todo otro grupo de jóvenes, el porvenir, porque las artes liberales y las profesiones son consideradas entre las actividades ciudadanas como aquellas que dan con mayor eficacia el tono a la vida de las naciones y les señalan su ruta. La dirección de la sociedad de mañana está puesta principalmente en la mente y en el corazón de los universitarios de hoy... Penetrad, arraigad, profundizad en la conciencia de futuros dirigentes de la nación y al mismo tiempo en la especial responsabilidad para con la Patria en cada una de las profesiones a las cuales os dedicaréis, una vez que hayáis terminado con éxito vuestros estudios” (9).

Réstanos tan solo, carísimos hijos, daros la orden de marcha para que sigáis adelante: la Iglesia y la Patria os esperan para que con vuestra ciencia amurallada con la fe, tracéis a la sociedad el camino de una vida más cristiana y más amable.

6) — *Di vivo gradimento*, 19.

7) — *Di vivo gradimento*, 20.

8) — *Efesios V*, 9.

9) — *Di vivo gradimento*, 15.

EL MENSAJE DEL RECTOR

Por Monseñor Félix Henao Botero

Si yo no he podido ser humilde, hoy tengo que ser humilde, porque ese cuerpo místico de extraordinario valor, fervor e irradiación que se llama la Universidad Católica Bolivariana, hoy Pontificia, me tuvo como bandera veinte años y como sucesor de los egregios fundadores.

¡Pobre Bandera!, si no hubiera sido porque fue sostenida con brazo, con ejemplo, con coraje, con osadía, con varonil osadía antioqueña, colombiana y e-cuménica, por esos profesores insulares en la patria y esos muchachos eternamente heroicos en el horizonte nacional.

Si no no hubiera visto y descubierto para mí, después de que la jerarquía eclesiástica al llegar de Roma, me colocó junto a las juventudes, con las que yo había trabajado en el Seminario de Medellín y en el Pío Latino de Roma, porque todo mi ministerio ha sido con las juventudes, si no hubiera descubierto por mi propia inducción analítica que el joven era a veces superior a nosotros, y más hidalgo, y más enhiesto, y más vigoroso, y más gentil, y que nos decía siempre: adelante, y nos perdonaba nuestros defectos, nuestros puntos negros los toleraba, y nuestras miserias.

Tengo que ser humilde, porque un pobre pecador como yo, lleno de defectos y limitaciones, he palpado, sentido, escuchado, bebido y mirado la providencia amorosa en todas las tardes y en todas las mañanas; la he visto porque la Universidad ha sido con el gobierno nacional, con el gobierno departamental, con el gobierno del país, con la vida jurídica de la patria, con la institucional y democrática de la república, con la vida colombiana, histórica y culturalmente considerada, y con la vida cristiana de nuestros hogares y de nuestro medio: unida, coa-ligada y conjugada como un solo haz victorioso y enhiesto, junto al horizonte nacional.

Tengo que ser humilde, excelentísimo señor arzobispo porque he visto al Papa cerca de nosotros, al Papa Pío XI, al Papa Pío XII, y al Papa Juan XXIII; qué buenos, qué sensibles, qué delicados, que tiernos, qué respetuosos, qué encantadores, cuán estimulantes con ese organismo admirable que se llama el consejo, que se llama la junta, que se llama el claustro, que se llaman los exalumnos, que se llama el profesorado, que se llaman los empleados, que se llaman los trabajadores, que se llaman los muertos y que se llaman los vivos.

Los Papas y nuestra Jerarquía nos han abrazado en el corazón, nos han conjugado con sus dolores, nos han estimulado a nosotros desde Roma hasta Medellín, todas las mañanas, todas las tardes, con su consejo, con su amonestación, con su brazo fuerte, con su experiencia y con el don de Dios Nuestro Señor que se llama la gracia de estado.

Yo tengo que ser humilde igualmente, porque esta obra, señor gobernador, señores representantes del gobierno nacional, ha hecho patria porque empezó con el derecho, una patria jurídica, una patria que se funda en el derecho natural, en los derechos humanos, en los derechos inviolables; porque esta Universidad sigue el pensamiento del Libertador, el eco más fuerte y fecundo del Padre Vitoria y del Padre Suárez y el realizador más importante de los siglos del pensamiento internacional moderno. Ojalá la Onu, la Unesco y los organismos internacionales interpretasen, como interpretó Sucre en las estipulaciones de Ayacucho, como interpretó Bolívar, el genio internacional, estos postulados arrancados de

Salamanca y que hicieron posible la soberanía de los países latinoamericanos.

Tengo que ser humilde, porque: qué profesores señores, porque qué empleados amigos, porque qué exalumnos tan cordiales, porque qué interpretación tan amplia y fecunda y abrumadora la de estos días de nuestra fiesta jubilar.

Señores: la mesa de la rectoría está llena de aplausos, de estímulos a vosotros los héroes de la jornada, profesores, exalumnos, fundadores, estudiantes y trabajadores del claustro de la Universidad Pontificia Bolivariana. Y uno de los honores mayores de nuestra Universidad, joven, y adolescente y madura para el espíritu y la patria, es que el Rector de la Universidad, por la misericordia de Dios, ha podido viajar a muchos países y ha visto una experiencia nacional y única en la América Latina y ejemplar en Europa. Y es señor doctor González, que la Institución y la Asociación de Universidades por la legislación actual, no puede ser desconocida por la Cámara Nacional, sin el permiso de las Universidades y del estudiantado nacional. Esa Asociación, me tuvo a mí, con Gonzalo Restrepo Jaramillo, aquí presente y fundador, y Fernández Botero, como incubadores, iniciadores en la Asamblea de Antioquia, para ser institución nacional de la Universidad colombiana, ejemplo de la América Latina, y obramos de acuerdo con las Universidades de Bogotá en aquella fundación.

Yo deposito a los pies de Cristo, a quien amo y de quien soy sacerdote indigno y a los pies de Bolívar, cuya sombra beso, cuya bandera flota en mi corazón, estos laureles, estas medallas, estos aplausos. Y os pido, señores, en el nombre de la patria, que todos conjugados, amemos la universidad colombiana, nos conjugemos con ella porque dijo un obispo italiano: "Los pueblos son un silogismo, las universidades son las premisas y el pueblo la consecuencia".

En el nombre de Dios, en el nombre de la Patria y en el nombre de la Universidad, damos a nuestro Pastor el abrazo y el agradecimiento y al Papa el hurra conmovido; y a Bolívar el saludo glorioso de la juventud bolivariana, aquí presente.

ALABANZA DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

Por el Excmo. Sr. Guillermo Escobar Vélez

La Pontificia Universidad Bolivariana cumple hoy veinticinco años de vida.

La gloriosa gesta aguerrida de su fundación, los ínclitos varones que le dieron vida, los sucesos que tejen su historia, la preclara alcurnia de su claustro, la sabiduría de sus cátedras, sus ejemplares realizaciones, la varonil pujanza de su alumnado, cuanto le debe Colombia, lo que le agradece la Iglesia, todo eso, qué bien merece en esta hora un elogio ferviente! Sabed ya que ni siquiera lo intentaré: el juicio de la honradez me quiere librar de la presunción de afirmar que haya podido conocer y valorar en justo precio la obra que hombres insignes realizaron en cinco lustros de denuedo tenaz, y no se elogia con justicia sino lo que se conoce con verdad.

Otras voces y en otros sitios entonen sonoras alabanzas diapasonadas con el himno justiciero de quienes no podrán callar lo que bien conocieron; la mía, aquí, cumpla el honroso encargo recitando piadosamente un cordial salmo de acción de gracias que complazca los oídos de Dios, dador de todo bien, ayude a vuestros corazones a cumplir el deber del agradecimiento por los múltiples favo-

res de la Divina Munificencia recibidos y deje en mi conciencia la esperanza de haber logrado bien de las almas y mayor gloria de Dios.

Gracias, Dios Creador de los hombres, porque para carne y sangre de nuestra raza quisiste dar ser al alma bondadosa y serena, santa y resuelta, pacífica y vencedora del Arzobispo Tiberio de Jesús Salazar y Herrera. El fundó la Universidad Católica Bolivariana. Atendió las autorizadas voces que anunciaron alarma, escuchó el grito de justa inconformidad y de noble rebeldía y, hoy hace veinticinco años, escribió: "Considerando: Que es deber Nuestro, muy sagrado, trabajar en cuanto esté de nuestra parte, hasta el sacrificio, si fuere necesario para conservar entre los fieles, puestos por Dios a nuestro cuidado, el tesoro invaluable de la Fe y las costumbres cristianas en toda su integridad... Decretamos: Fúndase en la ciudad de Medellín, capital de la arquidiócesis del mismo nombre, en el departamento de Antioquia, una Universidad que se denominará Universidad Católica Bolivariana, destinada a la formación cristiana de los jóvenes que quieran educarse en ella". Al conjuro de esa voz, nació gigante la Católica Bolivariana.

Gracias, Dios, infinitamente sabio y providente, porque diste virtud y ciencia, clarividencia de entendimiento y fortaleza de voluntad, sensatez de prudencia y nobles osadías de magnanimidad al preclaro sacerdote Manuel José Sierra, a cuyas energías confiaron tus sapientísimos designios la vida en semilla de la Bolivariana y la siembra de los primeros surcos tan ávidos de lluvia y de sol. Su rica personalidad ha cobrado contornos de inmortalidad en el claustro bolivariano, y para que los altos ideales no vayan a menguar, se percibe siempre vivo el eco de la clarinada con que se presentó ante el alumnado fundador: "Hoy me pongo al frente de esta Universidad y os convoco a todos a tomar estatura heroica para que aquí vengan las generaciones colombianas a beber la savia de la cultura. Yo os respondo con mi vida que esta Universidad será nombrada con orgullo por todos los colombianos y que vosotros seréis la piedra inicial para la portentosa fábrica". Y para que el espíritu que le infundió no se vaya a extinguir se ha hecho canon fundamental del espíritu bolivariano el que escribió su mano: "Obedecer las órdenes por convicción, respetar la jerarquía y acatar la autoridad; no defraudar las aspiraciones de sus padres, ni hacer inútiles sus sacrificios, serán normas que el bolivariano tendrá muy en cuenta. Será primero que todo un católico convencido y práctico, un patriota sin reservas ni odios y luchará por la implantación de un orden cristiano en las relaciones humanas. Rehuir la lucha por la Iglesia católica, por la nación colombiana o por su universidad, o dejarse dominar por un ambiente hostil a ellas, constituirá la mayor falta que se puede cometer contra el espíritu de la Universidad Católica Bolivariana".

Y para que en las horas difíciles no haya desmayos ni traiciones, las últimas palabras del ya moribundo rector inolvidable: "Cada uno por la Universidad y todos por ella con valor, desinterés y fortaleza cristianos", son arena sagrada que arranca siempre de los varoniles pechos bolivarianos un unísono presente! solemne como el rugido de una catarata.

El Dios de las justicias nimbe con luz eterna las sienas del arzobispo fundador y del primer rector y haga eternamente partícipes de la misma gloria a quienes los acompañaron en la lid y duermen ya también el sueño de la paz y cuyos nombres, si no suenan aquí, ni se han borrado de la memoria bolivariana ni sufren allá amargura de menoscabo, porque en la Patria eterna no hay envidias.

Gracias, Señor Dios de las batallas, porque el histórico escuadrón de los entonces justamente descontentos, sólo esperó comando de caudillos. Y dieciocho profesores y setenta estudiantes formaron el primer invencible batallón. Veló sus

Bodas de Plata

armas finamente aceradas en noches de duro sacrificio a la lumbre de sendas lámparas encendidas ante los altares de la cruz y de la espada; con gallardos arreos arengó a cuantos querían engrandecer la patria; hizo derroche de bazaría para vencer en las lides; se ganó el aplauso de la justicia, tiene hoy derecho a la ofrenda de frescos gajos de laurel y brilla en la bandera bolivariana con claros de estrella matinal.

Gracias, Señor Dios de las virtudes, porque como multiplicas el honor y la alegría de los padres en la lozana generación de los hijos, has hecho fecunda la entraña de la Bolivariana para una generación vigorosa y fresca que rinde hoy homenaje de veneración a quien le dio la vida y goza sin medida en la contemplación de la juvenil belleza de quien aún reboza fecundidad.

Facultades de derecho y ciencias políticas, de ingeniería química, de ingeniería eléctrica, de ingeniería mecánica, de arquitectura y urbanismo, de arte y decorado y de humanidades, de filosofía y letras, de ciencias de la educación, de servicio social, instituto de ciencias sociales y escuela de economía y comercio son apenas los nombres de los hijos mayores que acrecen el sagrado patrimonio con desvelado esmero, no saben de descansos en la lucha por el engrandecimiento de quien les infundió vital pujanza y ofrendan los trofeos de sus mejores triunfos en las aras de la universidad con la veneración y alegría que animan las manos de los hijos buenos cuando quieren cumplir el mandamiento que ordena honrar a padre y madre. Los centenares de estudiantes de bachillerato, alegres y francos, generosos y optimistas, que buscaron este claustro para no ser mediocres y viven en esta casa en continuo ademán de superación, son los hijos adolescentes que prometen guardar el patrimonio que ganaron los mayores y hasta sueñan que cuando el mañana amanezca en sus manos, cifrarán su alegría en la nobleza de ser más pródigos en la dádiva del bien y más valientes en la defensa de la verdad. La retzona chiquillería de la sección preparatoria, toda inocencia e inquietud, solaz y esperanza, da a la gran familia bolivariana la gracia y colorido con que decoran la casa solariega los juguetes, la fuente y el jardín; la frenética locura con que agita los simbólicos gallardetes bolivarianos nunca pudo traducir mejor el inestimable oleaje de sus tempranas esperanzas y en sus voces argentinas suena el eco de las mejores dianas y diapasonan los Angeles de la Guarda el tono de la oración que más agrada los oídos del Señor. A la familia bolivariana pertenece, no por afinidad, sino por legítima consanguinidad, el Círculo Nocturno para Obreros, con adecuada enseñanza comercial. Esta noble familia sabe que ni el linajudo apellido, ni la mansión suntuosa, ni la elegancia del vestido, ni la exquisitez en el comer, ni ninguna otra cosa baladí, es razón de la grandeza humana; y en sus aulas, santificadas por la presencia mística de quien restituyó a todos el título de hijos adoptivos de Dios, saturadas del verdadero espíritu evangélico de la fraternidad y ennoblecidas con la doctrina de Bolívar, se alimentan con el mismo pan de la verdad servido sobre los mismos blancos manteles de sincera hermandad los que amasan el sustento diario con el diario sudor y están llamados por el Dios bueno, que no tiene acepción de personas, al mismo banquete eterno de la visión beatífica.

Gracias, Señor Dios nuestro, porque la generación bolivariana que así te has dignado multiplicar, ha dado honor a la familia, cultura a la patria y gloria a la Iglesia. Hemos visto correr sinceras lágrimas mientras los labios no atinaban a hacer sonar la palabra adecuada para ponderar el beneficio de la Universidad que educó al niño, orientó al joven, abasteció dignamente al profesional y honró así a la familia, dando al mismo tiempo pan al hogar, esperanza a los hermanos

y oportuno sostén a los desvalidos años de los padres. La cultura de la patria no negará ni el aplauso de su justicia ni el reconocimiento de su gratitud si sólo oye atentamente la austera voz de los números en halagadora estadística: 423 abogados, 218 ingenieros químicos, 178 arquitectos, 82 ingenieros electricistas, 142 licenciadas de arte y decorado, 121 asistentes de servicio social, 34 bachilleres y doctoras en filosofía y letras, 371 licenciados en comercio, 6 licenciadas en ciencias de la educación, 275 obreros licenciados en comercio y 873 bachilleres. En esa ilustre pléyade de las empresas oficiales y particulares, las cátedras, los juzgados, la magistratura, los decanatos y rectorías de universidades, los consulados y las embajadas, la cámara, el senado y los ministerios de la república han podido hallar hombres que sirvan abnegada y eficazmente a la patria y den lustre y honor a la Bolivariana. La gloria de la Bolivariana es gloria de la Iglesia que la fundó, la orienta y la tutela. El inmortal Pío XII, el 16 de agosto de 1945, distinguió con el título de Pontificia la Universidad Católica Bolivariana justamente regocijado en el Señor por los ópimos frutos ya producidos. Y ni la sabia que la alimenta ha dejado de ser nutricia, ni los labriegos de la heredad han dejado de sembrar semilla turgente de vida, ni han escaseado los soles y los riegos ni han faltado las cosechas hasta el ciento por uno. La estructura espiritual de la Bolivariana descansa sobre la base incommovible de la doctrina revelada y de las enseñanzas del Angélico; la voz de los Papas es escuchada aquí como el eco vivo de la infalible voz de Jesús; guarda la Universidad con respetuosa satisfacción el invencible arsenal de las tesis de sus egresados, todas espiritualistas, y humillada hasta el polvo y enardecida hasta el deliquio se llega hasta el altar santo de Dios a ofrendar la mejor de sus glorias: 25 sacerdotes que en sus aulas aprendieron que servir al Señor es reinar y son hoy dispensadores de los ministerios de Dios, sal de la tierra y luz del mundo.

Gracias, Señor dueño de todo lo creado, porque en los centenares de profesores han concedido a la Bolivariana tesoros de sabiduría, ejemplares de pulcritud y tan abnegados servidores que le han consagrado su vida sin poner esperanzas en humanas recompensas. En respetuoso silencio rendimos tributo de veneración a los que ya les alumbró la luz perpetua y a quienes encubre la modestia en discreta penumbra. Nuestro cordial salmo de acción de gracias nada quisiera omitir de cuanto has querido conceder, oh Dios nuestro, para que esta tu casa sea grande y buena: el tino sapientísimo del consejo directivo; la impetuosa siempre en orden de batalla mística bolivariana del alumnado para la defensa de la verdad; la fidelidad, la honradez y el devoto sacrificio de los servidores en los puestos más modestos; el remanso hondo, tranquilo y fresco de la biblioteca; la sonora y obsequiosa voz de la emisora y la voz sabia y casera de las revistas; el mágico trabajo del linotipo, la precisión de los laboratorios que comprueba la fiereza de las leyes de la sabiduría infinita, los instrumentos de los talleres que hacen dignas las manos de los menestrales, las nuevas construcciones que acá y allá han ido reemplazando a las casonas viejas; las amplias avenidas, las mansiones honorables y bellas y la señorial ciudadela bolivariana sana en costumbres, rica en vida y en flores y devota como nadie de los ideales de la Pontificia Universidad; y el santo templo de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento que infunde fe, amor y esperanza, ampara inocentes, levanta caídos, resucita muertos, hace santos y dice a todos que de nada sirve al hombre ganarse el mundo universo si al fin pierde su alma.

Gracias, Señor Dios, porque has concedido a la Pontificia Universidad Bolivariana, el brillo del entendimiento, la rectitud del criterio, el conocimiento de

Bodas de Plata

los hombres, la prudente intrepidez, la noble lealtad, el optimismo sobrenatural, la envidiable ilustración, la elocuencia en el decir, la cordialidad en la amistad, la devoción al deber, la sincera piedad y, sobre todo, la entrega alegre, constante, amorosa y total al cumplimiento de lo que la divina voluntad le dio a realizar, virtudes que dignificaron a un hombre que también meció la cuna de la Bolivariana, la vigorizó y adoctrinó en la niñez y en la adolescencia, con mano valerosa la ha conducido hasta el actual apogeo de su gloria y en cuyo alrededor se estrecha festiva, agradecida y reverente la generación bolivariana de cinco lustros.

Gracias, Padre Nuestro que estás en los cielos, por las penas con que has hecho sangrar el alma misma de la Bolivariana. La presencia del dolor en tus obras es el sello de tu predilección. Que el dolor renueve en esta tu familia el espíritu de rectitud que busca con delirio la verdad, que nos hará libres; da a cada uno lo que le pertenece, en ejemplar ejercicio de justicia; y ama siempre a los hombres, porque son hijos de Dios.

Las universidades y las catedrales son hermanas. Qué digno abrigo de sabiduría, de honor, de seguridad y de paz brinda esta Basílica antioqueña a la grandeza espiritual de veinticinco años de historia de una obra gigante de esta raza privilegiada y feliz.

Te Deum, laudamus! Te alabamos, Dios nuestro. Solo en Ti clava la Pontificia Universidad Bolivariana el ancora de todas sus esperanzas. Nunca será confundida. In Te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.

RAZON, VIDA Y DESTINO DE LA U.P.B.

Por Fernando Gómez Martínez

Cuando el quince de septiembre de 1936 se creaba canónicamente la Universidad Católica Bolivariana y cuando, simultáneamente, nos reuníamos profesores y estudiantes en un local inadecuado del barrio de Guayaquil, ciertamente que creíamos estar haciendo obra perdurable, pero nunca pensamos en tan rápida y milagrosa floración de éxitos.

Nada auguraba a los hombres de menguada fe o a quienes miraban con recelo la fundación que tales atolondrados arrestos pudieran dar algún resultado: Ni el pequeño grupo de estudiantes con que empezábamos, ni el recinto donde nos albergábamos, ni la carencia absoluta de fondos, que hacía que los profesores tuvieran que prestar gratuitamente sus servicios. Esos muchachos iban a la aventura, casi a la frustración. Se les alarmaba con que los estudios que aquí se hicieran no serían reconocidos oficialmente y a los padres se les hacía ver que estaban realizando inútiles sacrificios en ellos.

Pero nos alentaba una fe viva. También la Iglesia de Cristo empezó con pocos. También principiaba en humildes tierras de Palestina sujetas al dominio de Roma. También carecía de recursos materiales y hasta predicaba la pobreza. Pero a los fundadores de aquella y a los fundadores de ésta los inspiraba el soplo de Dios.

No había pasado mucho tiempo, y ya el gran poeta de Popayán podía decir que la Universidad Bolivariana había nacido gigante. Tal era el número de sus realizaciones y sus éxitos y a tanto subía la admiración pública.

Bodas de Plata

Accidentada apareció, en contraste, desde el principio, la vida de la Universidad, al pagar la inevitable contribución que paga todo lo humano. Iba a rendir a la tierra su tributo y a ver desaparecer las primeras figuras de la gesta creadora.

Muere en efecto Juan Evangelista Martínez, uno de los fundadores, primer decano de la primera facultad, jurisconsulto de diáfana concepción, magistrado de integérrima conciencia, maestro de bondadoso corazón. La Universidad lo lamentó como una pérdida irreparable.

Pero con ser tan cuantiosa, nos esperaba otra mayor. Y fue que cuando más se aguardaba de las poderosas energías, dinamismo y capacidades del rector y de su contagioso optimismo, fallece Monseñor Sierra. Tremendo impacto de orfandad y desamparo sobre el novel instituto. Manuel José Sierra había sido el primer motor de aquella empresa y ahora desaparecía.

Permitidme que evoque su silueta y que haga de él una breve semblanza. Mediano el porte, severo el rostro y moreno, penetrante la mirada pesquisidora, fino el ademán y ágiles los movimientos. Con verlo y tratarlo un momento se imponía su formidable personalidad. De su físico dimanaba energía. Había sido creado para la lucha y no la rehusaba, para el mando y lo sabía ejercer. Era claro en sus pensamientos, noble en sus empeños, firme en sus decisiones. Mas a pesar de su ceño adusto poseía un corazón benévolo y era cariñoso con los estudiantes. Si imponía respeto, sabía hacerse amar.

Compréndase el golpe que representó para todo el personal de la Universidad, profesores y alumnos, aquella muerte que parecía prematura, aunque no existen de ellas para el emperador filósofo, pero que caía como una catástrofe sobre la Bolivariana. Nunca las notas de una despedida de cornetas sonaron en mis oídos más lúgubrementemente que entonces, en aquel sepelio que superó en concurrencia y emoción a todos los que había presenciado la ciudad.

Siguió a Monseñor Sierra, con un año de diferencia, el arzobispo fundador, uno de los prelados que han dejado surco más hondo y obra más sustantiva en el campo de la educación antioqueña. Esta Universidad y la Normal de Señoritas perpetuarán el nombre de Tiberio de J. Salazar y Herrera.

Qué es esto, nos preguntábamos los bolivarianos, que gravita como tenaz infortunio sobre la querida empresa, como si Dios, bajo cuyo amparo la habíamos colocado, quisiera disuadirnos? Estábamos edificando acaso nueva Torre de Babel y éramos castigados no con trabazón de lenguas sino con duelo y estupor?

Nos equivocámbos. "...Si el grano de trigo arrojado en la tierra no muere —había dicho el Señor hablando de su propio sacrificio— se queda solo; mas si muere, produce fruto abundante". Aquellas muertes eran nueva siembra. Había quien iba a recibir la bandera. Aquí están con nosotros. Y Dios seguía arriba. A poco lo vimos y comprendimos y ahora lo vemos mejor. Habían caído los tres más poderosos soportes de la Universidad Católica, y ella continuaba su marcha ascensional. Así la poderosa nave aérea hunde las ruedas en que se apoya, cuando ya ha tomado impulso y ha empezado a volar.

Y por qué no un memento al primer estudiante muerto, que fue también el primer bolivariano muerto, aquel gallardo Baltasar Uribe Isaza, a quien yo declararé estudiante fundador de la Universidad triunfante, autor del inspirado y vigoroso himno? Si los otros eran los cimientos, los recios muros, las poderosas columnas, Baltasar era el vitral; si los otros eran la doctrina, él era el canto.

Se fundó la Universidad Católica Bolivariana —tal era su primer nombre— bajo el amparo de la Eterna Sabiduría y bajo la égida del Libertador. El

Bodas de Plata

ser católica le señalaba su inspiración doctrinaria; el ser bolivariana le daba el contenido colombiano y panamericano.

Por ser católica, debía inspirarse en la filosofía cristiana, la de Agustín, la tomista, la de Vitoria y Suárez, lo que la arraigaba al humanismo y a la justicia. Debía reconocer en el compuesto humano su noble origen y enrutarlo hacia su último fin. Podría investigar todas las vivencias y los fenómenos modernos; analizar las más atrevidas doctrinas sobre el hombre, el cosmos, la sociedad, el estado; alentar los más avanzados propósitos de redención social y de perfeccionamiento humano. Había de estar, eso sí, ligada siempre y por siempre a la jerarquía, bajo el anillo del Pescador.

Por bolivariana, sería expresión del más puro patriotismo y debía rendir culto a la libertad, habría de servir a Colombia, sostener la democracia, defender el derecho, cuidar el orden, imponer la justicia y trabajar por el pueblo.

Ser bolivariano supone alcanzar un nivel humano superior. No le basta al bolivariano dominar todas las materias propias de una profesión sino ha de ejercerla bajo los postulados de la más estricta moral. Debe inspirarse en la nación de un honor infrangible. Hacer de la verdad un culto, de la justicia una obsesión y penetrarse de que estar en sociedad impone servirla con total consagración y lejos de todo egoísmo. El bolivariano ha de encarnar al verdadero caballero cristiano con mucho de cruzado y mucho de Quijote, esto es, con mucho de Bolívar.

Y si es llamado a los puestos públicos, penetrarse de que es para servir y no para servirse. Presida el desinterés sus actos, el respeto por los asociados sus relaciones, el decoro su vida, el deseo de acertar sus lucubraciones, la prudencia su acción en los conflictos, la fortaleza su brazo si es preciso reprimir, y la caridad el conjunto todo de sus acciones.

Nunca indeciso ni escéptico, suave sí pero no blando. Afirmativo también y decidido y firme cuando después de estudiar ha llegado a una conclusión.

La Universidad Católica no iba a ser, como lo temía un eminente colombiano, una escuelita más de derecho. Iba a responder a su nombre cabalmente, porque iba a enraizar no sólo en lo que la Universidad tiene de contenido académico y científico, sino en la vida misma del pueblo antioqueño como conglomerado étnico, económico y social. Tenía que mirar como suyos los problemas del pueblo y contribuir a resolverlos aplicando técnicas modernas.

Su orientación quedó fijada y definida desde el principio, con la fundación de nuevas facultades, además de la de derecho, que apuntaban a estos objetivos. Nacieron la facultad de ingeniería química, la de arquitectura, las de ingeniería eléctrica y mecánica, el instituto de ciencias sociales, la facultad de servicio social, que iba a atender a una urgencia que se contemplaba en Antioquia en razón de su desarrollo industrial, y el círculo nocturno y el consultorio Pío XII, al servicio de la clase obrera y pobre.

No pueden los pueblos modernos desentenderse de los adelantos técnicos ni de los problemas sociales, porque la técnica preside ahora el progreso de los pueblos y los problemas sociales los abruman con sus conflictos. Pero la técnica no puede mirar exclusivamente al aspecto agresivo e imperialista, sino al logro del bienestar de los asociados y a un más alto y confortable nivel de vida, y los conflictos sociales se afrontan o se evitan de acuerdo con las enseñanzas que emanan del Evangelio, que no siembran odio como arma de combate sino amor.

Cuanto le haya servido a Antioquia y a Colombia la fundación de las facultades técnicas mencionadas, lo dirán los centenares de egresados de la Univer-

sidad que ahora ocupan puestos de comando, gerencias, asesorías, consultorías y direcciones en diferentes empresas públicas y privadas, así como las *visitadoras* sociales que sirven a la administración pública y a las fábricas.

Económicamente, la formación de técnicos le ha ahorrado al país lo que antes pagaba con la traída de profesores y trabajadores extranjeros en muchos aspectos de la actividad industrial.

Y por lo que hace a Medellín, a la Universidad se debe el prodigioso desarrollo urbanístico de los últimos lustros, y el que hubiera acometido a tiempo el estudio de su planeación urbana. La instalación de la Universidad en los terrenos de La América fue como un descubrimiento y tuvo el sentido de una conquista de pioneros. A Medellín lo comprimía como una muralla china su propio río. La ciudad llegaba hasta sus orillas y allí se detenía como frente a un obstáculo insalvable. Estaba condenada a deformarse en su estrechez. Pero instalada la Universidad en La América, aquello fue un desbordamiento: surgieron nuevos barrios, se abrieron nuevas avenidas, se construyeron puentes, vinieron la desecación y las canalizaciones, lo que tenía precio vil se valorizó y ante la vista de ese desarrollo fue preciso pensar en darle plan al conjunto adelantándose al futuro. El paso de vencedores en ese Rubicón que era para la ciudad el río Medellín fue grito de la Universidad Bolivariana.

Tributemos admiración a la visión porvenirista del primer rector y del actual, de las juntas directivas que lo han acompañado y de las juntas económicas que llevaron hacia cabal cumplimiento todos estos planes de progreso.

A estos adelantos y éxitos y a su recta orientación espiritual se debe su categoría de Universidad Pontificia, noble título con que la distinguió Su Santidad Pío XII a los nueve años de fundada, como reconocimiento a su importante labor.

Lo que es hoy la Universidad Pontificia Bolivariana, se puede expresar en pocas palabras y en números: diez facultades, un instituto, tres secciones, el círculo de obreros, varias bibliotecas con un acervo de cincuenta mil volúmenes, templo, unidad deportiva, emisora cultural, imprenta con sección de publicaciones, varias revistas, museo y cuatro mil alumnos.

La Universidad Pontificia Bolivariana ha creado una mística y un estilo. La mística de llamarse bolivariano, de haber pasado por las aulas bolivarianas, de haber sentido la suave pero irresistible disciplina bolivariana, impuesta por una autoridad que sabe ser autoridad. Y un estilo de pulcritud personal y profesional y de cívico desinterés que adorna a los que de la Universidad han salido. Son las virtudes que surgen naturalmente de su catolicidad y su universalidad así como de la inspiración que da la vida del último de los héroes, el que con el correr de los tiempos los va superando a todos.

Ahora nos hemos congregado para celebrar las bodas de plata, y la casa soleriega se alegra viendo llegar a los hijos. Vienen de todos los ángulos del país, no ciertamente como pródigos, sino alegres, porque se han dispersado para acrecentar la estirpe y hacerle honor. El tiempo ha corrido y muchos de los que con nosotros fueron fundadores han desaparecido de nuestra vista. Eternamente ausentes, ahora los sentimos presentes participando de nuestra alegría en la comunión de los santos. Otros veinticinco años, y muchos de los que aquí conmemoramos esta efemérides nos hemos ido también. Pero la Universidad seguirá siendo joven. Siempre tendrá, como lo proclama el himno, "capitanes de nuevas conquistas". Su ruina no podría venir sino en el supuesto nefando y luctuoso de que ideologías comunistas, con inspiración de odio, llegasen a imperar en nuestra pa-

tria. Eso sería cuando y porque hubiera desaparecido el espíritu que la *ánima*. Pero vive Dios no será así. Estaréis vosotros para oponeros. Estarán vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos, y seguirá brillando el espíritu bolivariano, iluminado por la luz que procede de quien se proclamó "el Camino, la Verdad y la Vida".

LA ESTIRPE FUNDADORA DE LA U.P.B.

Por José Mejía y Mejía

¡Qué prodigios y maravillas obra en la tierra la voluntad de Dios, aun sirviéndose de frágiles instrumentos, con herramientas precarias, a través de un escaso puñado de hombres que hoy son y mañana desaparecen! Para usar el vívido lenguaje paulino, llevamos el tesoro de la luz sobrenatural en vaso de barro para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra. Raíz, cimiento y piedra angular de la Universidad Pontificia Bolivariana, la estirpe fundadora del noble claustro docente que es honra y prez de la cultura cristiana en nuestra patria —con nombradía y crédito más allá de sus fronteras—, vivió hace cinco lustros no simples momentos de perplejidad sino tensas jornadas de turbulencia y desconcierto, bajo acres y conflictivos climas espirituales. Pero en medio de vientos hostiles y aires enrarecidos, cercada muchas veces por inteligencias vacilantes y eclécticas, más propensas al desdén y la tibieza que al ardor de las convicciones insobornables, la promoción fundadora se transformó un día de Gracia en decisión irrevocable, en bloque compacto de fe y arrojo místico y en augurio exacto de la impenetrable ciencia divina. Ha dicho hermosamente Paul Claudel que, "es una idea —bella y grandiosa—, la criatura como trabajo del Creador. Y no digáis que el Salvador no tiene necesidad de ella. Nada hay más profundamente verdadero que la palabra de San Pablo sobre que toda criatura gime previendo su redención, en la expectativa de la revelación del Hijo de Dios. Hay en el corazón de todo ser humano, como saben bien los grandes conductores de hombres, una especie de héroe secuestrado que sólo espera la ocasión de manifestarse". Los fundadores de la Universidad Pontificia Bolivariana —en horas decisivas para la cultura cristiana del país—, no fuimos hombres de poca fe, y porque creímos creamos. En qué época se construyeron las catedrales góticas, preguntaba el amargo Enrique Heine un filisteo de la inteligencia, un profano e indocto en aquellas edades teológicas en que los hombres y los pueblos rezaban, y eternizaban su piedad, en "moles de encajes", con plegarias de piedra que ascendían ágilmente a los cielos en raudo vuelo metafísico. En qué época? ¡Precisamente cuando los hombres tenían convicciones, porque ahora sólo tienen opiniones!, respondió sin dubitación el sarcástico escritor germano.

La salvaguardia de los valores insuperables e inestimados de la enseñanza cristiana es tarea estrechamente atada a la custodia de nuestra nacionalidad, a la defensa integral de la familia colombiana. Porque cuando la patria oscila en sus bases y se agrieta en sus sillares —ya institucionales, ya jurídicos, sociales o morales—, podemos lanzar el diagnóstico cierto e inconfundible de que hay un trastorno en el concepto religioso y en las prácticas cristianas de la existencia, de que se han falsificado o extraviado los principios católicos que amparan las excelencias de la persona humana, criatura de Dios y arcilla iluminada por su so-

plo, así desempeñe en la escala o gama del esfuerzo colectivo el más abyecto de los oficios.

Se ha escrito que el trabajo más humilde, el más oscuro, si se realiza bien, tiende a la belleza que adorna al Universo. El humanismo cristiano no puede ser únicamente erudita información, sabiduría clásica o medioeval, conocimiento meticuloso de añejos textos. "Si supieras de memoria —establece agudamente Tomás de Kempis—, toda la Biblia y los dichos de todos los filósofos, de qué te serviría sin la caridad y la gracia de Dios?" El humanismo cristiano nació en el Sermón de la Montaña, y las graves disciplinas teológicas, filosóficas, literarias o estéticas de los eximios doctores de la Iglesia, la obra inmortal de los alados genios literarios de la Edad Media, tuvieron un punto de partida e inspiración en la lumbre del lenguaje evangélico. "El Sermón de la Montaña —juzga regiamente Juan Papini—, es el mayor título de los hombres a la existencia. A la presencia de los hombres en el universo infinito. Nuestra suficiente justificación. La credencial de nuestra dignidad de seres dotados de alma. La prenda de que podremos elevarnos por encima de nosotros mismos y ser más que hombres. La promesa de esta posibilidad suprema, de esta esperanza: de nuestra ascensión *más* allá de la bestia". Oscurantismo clerical o medioeval en la Universidad Pontificia Bolivariana cuando un modesto exalumno fundador teje estas reflexiones un poco devotas, que quizás no sean corrientes en los discursos retóricos para celebración de efemérides universitarias? Pero la gran crisis universal —la crisis colombiana—, no resulta un sencillo y transparente fenómeno de menosprecio de la persona humana por codicia de poder o por avidez de riqueza, por la soberbia de la vida, por la concupiscencia de los de arriba y de los de abajo, por las continuas violaciones de la ley eterna, por la agonía o muerte del sentido cristiano de las relaciones humanas?

Es evidente que la Universidad Pontificia Bolivariana al crecer, al desarrollarse, al abrir sus poros o al comunicarse con el mundo exterior, ensanchó su radio docente para dar respuesta eficaz —a través de múltiples facultades técnicas y especializadas—, a los interrogantes del progreso nacional, a sus exigencias inaplazables en materia de una nueva clase directiva de la economía privada en sus plurales órbitas. Pero esto no quiere decir que la Universidad Pontificia Bolivariana —al alcanzar su mayoría de edad cultural, al madurarse precozmente, deba cambiar su mística original, el espíritu primero y las orientaciones doctrinarias que hicieron posible el milagro de su fundación. Bien lo expresó Monseñor Manuel José Sierra en su prospecto inaugural: "No se podrá ser un perfecto bolivariano sin estar convencido de la misión cultural y social que a la Universidad corresponde llenar en la vida colombiana; ni se podrá coadyuvar adecuadamente a la realización de sus ideales sin apasionarse con sus triunfos, sin amoldarse estrictamente a su disciplina y sin participar del elevado espíritu de sus fundadores". Podemos perfectamente cambiar de sitio geográfico, mudar el traje arquitectónico de sus edificios o reemplazar los muebles caducos y derruidos. Lo irremplazable, lo inmutable, lo que no puede alterarse ni removerse —así lo entienden y practican sus jerarquías—, es su carta magna de fundación, es su partida de bautismo doctrinal y religiosa. Los decretos de Dios no se enmiendan, ni se revisan, ni pueden derogarse.

Desde el heroico linaje intelectual y ético de los fundadores —excelentísimo señor Tiberio de J. Salazar y Herrera, monseñor Manuel José Sierra, Juan E. Martínez, monseñor Félix Henao Botero y Guillermo Jaramillo Barrientos, los primeros profesores, los primeros alumnos y la primera junta económica, señores

don Manuel María Escobar, don Ramón Echavarría, doctor León Londoño, don Julio C. Hernández y don Eduardo Gutiérrez T.—, hasta los experimentados cuerpos docentes y alegres ejércitos discipulares de hoy, la Universidad Pontificia Bolivariana llega a sus veinticinco años de ejercicio tenaz en exuberantes frutos logrados para la Iglesia, para la patria, para la sociedad y para el bien común, sin detener su ritmo, sin declararse colmada o satisfecha, sin restringir trayectorias o limitar metas culturales. Su misión única es elevarse como la oración y conquistar día tras día más territorios de inteligencias nuevas, por el magnífico vigor expansivo de su contenido ecuménico. Según la bella sentencia emersoniana, “hablad la verdad y la naturaleza y todos los espíritus os prestarán un apoyo extraordinario. Hablad la verdad, y todas las cosas vivas o brutas os servirán de testigos, y hasta las raíces y las hierbas subterráneas parece que se levantan y agitan para dar testimonio. Contemplad también la perfección de la ley aplicada a los efectos y veréis cómo es la ley de la sociedad. Tal y como somos, así nos asociamos. El bien busca por afinidad el bien; el mal por afinidad el mal. Así es como las almas por su propia voluntad marchan hacia el cielo o hacia el infierno”.

Cinco lustros después de la primera alborada, la generación fundadora renueva su adhesión a la Universidad Pontificia Bolivariana, exalta con sentimientos efusivos la inmensa labor cumplida y ratifica su juramento de fidelidad a los mandamientos primeros que siguen siendo savia inextinguible e vida eterna.

LA “ORDEN DEL MERITO BOLIVARIANO”

Por César Palacio Londoño

La dulce figura del arzobispo fundador, inclinada suavemente la cabeza y con la dulce diestra en actitud de bendecir, está prendida a mis recuerdos de infancia por tal forma, que nunca he podido mirar indiferente el bronce puesto por la Universidad al pie de sus umbrales. A su paso por las empinadas calles de mi ciudad, recordando el emblema de su escudo, las gentes humildes y hasta los poderosos tuvieron qué exclamar: Este sí que es el Buen Pastor! Sencillo como los maceteros que prenden a sus pies; la inmensa avenida que allí se inicia, es apenas breve símbolo de su visión extraordinaria. Incomprendido, como todos aquellos que han sabido que las obras de Dios, vividas con audacia, merecen siempre la desvelada protección de la Providencia y se imponen; a pesar del vacío de los hombres, a pesar de los golpes que laceran el corazón; como si se quisiera significar con ello que no existe obra grande de apostolado, sin sacrificio y sin víctima. En Manizales, sobre las ruinas humeantes de la vieja catedral, hecha por los abuelos con cedros olorosos, plantó esa grandiosa mole de cemento, que mereció la Gran Cruz de la Legión de Honor de Francia para el ingeniero que la proyectó, y para él trajo cruces de angustia y silencios inexplicables.

Al viajero que la visita, se le cuenta cómo llegaban desde Holanda y en el último recorrido, a lomo de mula, los materiales del templo. A nadie se le ha dicho cómo el prelado que la concibió, así para rasgar el cielo con sus flechas, con el estilo tradicional de los mejores siglos de la arquitectura religiosa, pero de materiales nuevos porque la Iglesia ha estado pronta a acoger todos los signos del progreso, cómo, repito, el prelado que la concibió tenía la exacta dimensión

de sus ojivas y sus torres y hendía el suelo con el peso de su acción, de la misma manera que la hizo la basílica de sus sueños.

En Medellín, sobre las ruinas humeantes de una libertad conculcada, que en la mañana de mejores días había recibido el hálito generoso de nuestros libertadores, con el estilo tradicional de la Iglesia, pero utilizando también materiales nuevos la nobleza y ardentía de setenta y ocho muchachos y veinte profesores, huérfanos del claustro secular, plantó cimientos y puso la más alta torre en esa gran figura inolvidable de Monseñor Sierra. Que desafió al cielo con su empresa lo dice claramente la frase certera del primer rector, que ha rubricado los veinticinco años de la Universidad Pontificia Bolivariana: "La Providencia nos protege descaradamente".

Muy cerca de aquí, en el templo, bajo el altar mayor, en la cripta destinada a recoger los despojos mortales de aquellos varones horóicos que hicieron y que harán la historia de la Universidad, permanecen simbólicamente abiertas dos tumbas. Una corresponde a Monseñor Manuel José Sierra. La Universidad reclama sus huesos con devoto afecto. No puede ser que el último día, la que fue algo así como hueso de sus huesos y carne de su carne, no se encuentra a su lado y de tal manera confundida con su propia estructura corporal que no se presenten juntos ante el Trono del Padre para recibir las palmas del triunfo y el galardón que además de sus virtudes, poseídas en grado eminente tienen sobradamente merecido. Qué sabiduría, qué temple moral, qué espíritu sacerdotal, qué energía, qué valor, qué capacidad para adentrarse en los vericuetos del alma! Educador de larga trayectoria; una misma advertencia suya golpeaba exigente sobre aquellos que parecía necesitaban del látigo, o llamaba suavemente a los dóciles; hombre nacido para la acción, nunca hizo un alto para mirar al pasado; una sólo era su consigna, la misma que recogen las estrofas del himno: Adelante! La otra tumba es del Arzobispo Salazar y Herrera.

En la alborada de la fundación, de pie como una bandera estuvo ese gran civilista que se llamó Juan Evangelista Martínez. Profesores y alumnos creyeron en la Escuela de Derecho cuando se supo que él era el decano. A su conjuro se aunaron voluntades y el renombre nacional de que gozaba comenzó a galardonar la naciente facultad, que se nutrió de su grandeza de alma, de su honrado vivir, de su ilustrado ejercicio profesional. En la galería sin sombras de sus doctores, la Facultad de Derecho y con ella la Universidad entera, contemplan la prolongación en el tiempo de las virtudes excelsas del doctor Martínez y las no menos dignas de imitarse de su sucesor y actual decano el doctor Guillermo Jaramillo Barrientos. El consejo directivo quiso, al proponerlo para la "Orden del Mérito Bolivariano", agregar un nuevo reconocimiento a los varios muy merecidos de años anteriores. El Dr. Jaramillo rehusó con discreta elegancia el agasajo. Día llegará en que se dé su nombre a una condecoración similar.

Para ser justo, teníamos el deber de consagrar unos minutos de emocionada recordación a aquellos ausentes que se distinguieron "en grado sumo por sus servicios a la Universidad" según reza el "Decreto sobre Honores" expedido por el Honorable Consejo Directivo y que hoy contemplan desde la eternidad cómo diez y nueve entre los que vincularon sus nombres a las labores iniciales, y el primer benefactor del año, se acercan jubilosos a recibir la máxima condecoración que el Claustro otorga por primera vez, con ocasión del jubileo de plata. Si el valor de una condecoración está íntimamente asociado a los méritos de la entidad que la dispensa, preciso es reconocer que estas medallas están cosidas a la his-

Bodas de Plata

toria de la Universidad; a sus días de triunfo y exaltación; a sus horas de angustia y dificultad; al desfile fúnebre de los fundadores, profesores y alumnos; al brillo singular de sus centenares de egresados, honra y prez de la patria, orgullo de la cultura cristiana; mensajeros todos de un ideal bolivariano que no vive de empresas fáciles ni de realizaciones mediocres.

Aquí está Gilberto Alvarez Alvarez, a quien cariñosamente todos llamamos el "negro Gilberto". Yo se que nombrarlo de otra manera se habría desatendido, porque Gilberto Alvarez en la Bolivariana no es él, y además porque entre nosotros el color y la raza no dicen cosa distinta que raíces variadas del árbol del amor. Cuántas veces ha paseado su recia humanidad por aulas y pasillos, cumpliendo una tarea de especial consagración y máxima eficacia. Es tan grande su nobleza, tan magnánimo su corazón, que parecen encender en su alma todavía frescas las dóciles lecciones que entre los de su raza sembró Pedro Claver; aquel que por contracción gatural costeña y por el milagro de su corazón en dádiva generosa y constante, fue clavel encendido que adornó la sencilla y desprovista ceremonia de los bautizos, del matrimonio de jóvenes esclavos o del enterramiento de viejos sufridos, traídos hasta nuestras costas por dolorosa imposición de látigos y fáciles negociaciones de perpetua servidumbre. Con Miguel Tamayo y Jesús Aristizábal Giraldo, integra el grupo de "Servidores Bolivarianos"; hombres abnegados, sencillos, hechos para el trabajo. Nunca aspiraron a un reconocimiento diferente de aquél que significa la renovada confianza para continuar en el cargo. No cabe a su manera de ser, sentarse entre los grandes; ni encuentran para su devoción por la Bolivariana, proporcionado el homenaje. Fue esta la única vez que quisieron desobedecer —yo lo he oído de labios de uno de ellos— y reciben la medalla de la Universidad para que ella llegue a ser en los renuevos de su sangre, un imperativo de servicio honesto y discreto a la sociedad, en el sitio que ella les señale, porque no es menos noble la piedra que se esconde bajo los cimientos, que aquella que corona el edificio.

Don Rafael Bolívar Acosta ha volcado sobre las arcas siempre exhaustas de la Universidad, la apreciable suma de \$ 250.000.00. Dueño de una respetable fortuna, amasada penosamente frente al golfo de Urabá, recuperó para Antioquia, desde hace más de cuarenta años, vastas zonas en poder hasta entonces de mercaderes extraños y dispuso que a su muerte, sus bienes pasen a la Beneficencia y a las instituciones docentes de la Montaña. Bello gesto el suyo, cuando otros con mayores recursos y con el compromiso de restituir a la Universidad por la cultura que les dio abundante, se empeñan en afirmar que las nuestras son universidades ricas. Si se comparan nuestros escasos presupuestos con los de sus similares europeas y americanas, nos encontramos en tremenda desventaja y si tomamos en cuenta las exigencias de nuestra cultura, en proceso de formación y consolidación, mayor será el equilibrio que se advierta. El día en que pueda afirmarse de una de nuestras universidades que es rica, es porque ha frenado su acción, se ha resignado a escasas fronteras y como ésta no puede ser auténtica expresión universitaria, diremos que se muere. Será entonces como los pueblos viejos, sin afanes de progreso, limitados a las calles que dejó una antigua pujanza y dentro de ellas, a las casas de los antepasados.

Sergio Giraldo Gómez, hombre múltiple, acomodó dentro del cuadrante de su reloj una forma nueva, que yo podría asegurar indica 36 horas. Cuando todas las luces de la Universidad se han apagado, las de su oficina permanecen encendidas; cuando todos han partido a vacaciones él continúa desplegando una actividad desconcertante; lo mismo dirige una revista de gimnasia, organiza un cam-

peonato deportivo o se ingenia la manera de llegar siempre oportuno en el momento de los vencimientos; a la hora de cubrir la nómina de profesores y alumnos.

Tiene la Universidad sus propios semilleros. En la Preparatoria y el Bachillerato se han formado a lo largo de cinco lustros, muchachos que llevaron el mensaje de la Bolivariana a todas las regiones de la patria, y cuando decidieron coronar su carrera dentro del claustro familiar, fueron siempre norma y guía: el grupo de avanzada de nuestras facultades. El Padre Rafael León, dinámico organizador, pedagogo a la manera de Don Bosco; don Jesús Cifuentes y don Eduardo Correa, ilustrados, educadores en el cabal sentido de la palabra, con título justamente ganado en una jornada que enmarcan veinte años largos; al igual que don José Rodríguez, el funcionario que dio a la biblioteca central su auténtico sentido, su verdadera aplicación y la hizo conocer por todas partes, merecen la alta enseña que los compromete con la Universidad y sus sistemas, con su estilo y forma de actuar que han vivido y practicado largamente, porque así lo exige la continuidad de una misión de recios perfiles que no cabe en el tiempo y reviste formas de eternidad.

De este cálido homenaje que rinde hoy la Universidad a los más antiguos servidores, no podía estar ausente su Facultad de Ingeniería Química, y la primera que abrió sus puertas al estudiantado del país, y la segunda entre las bolivarianas. Está representada en los ilustres profesores: el ingeniero químico Alirio Correa M. y Luis Santiago Botero, ingeniero de la Escuela de Minas. Ponderados, severos, han orientado sus cátedras con sinigual decoro, y en nuestra escuela se acepta por todos, que el éxito alcanzado por sus profesionales está fincado en buena parte en la solidez de sus lecciones.

De la misma manera que su hermano Luis Santiago, el doctor Jorge Botero Ospina ha puesto al servicio de la Universidad, desde la Junta Económica, sus inmensas capacidades, sin regateos, con una dedicación total, según corresponde a su condición de alumno fundador y de hijo de aquel varón sabio y prudente, el doctor Julio E. Botero, inscrito en la brillante nómina de los fundadores y profesor insigne hasta el día en que se durmió tranquilamente en el Señor, ante el dolor de la ciudad que lo contó como uno de los más desvelados y eficaces propulsores del progreso; como una de sus figuras más altamente representativas.

Para prestigio y gloria de la Universidad, para ornato de sus aulas, los doctores Miguel Moreno Jaramillo, José Luis Molina y Lucrecio Jaramillo Vélez y el médico Antonio Osorio Isaza, han regentado por años cátedras de inmensa responsabilidad en la Facultad de Derecho. Su presencia allí constituye garantía de ética y de sabia docencia, porque son en sus profesiones pilares que se avistan a distancia, por la limpidez de sus vidas, lo vasto de sus conocimientos, lo acertado de sus conceptos. Bien pueden proponerse como paradigmas, en una época en que no abundan los hombres totales: completos.

Los doctores Rafael Restrepo Maya y Fernando Gómez Martínez, profesores y fundadores, y Jaime Tobón Obregón, alumno fundador, mantienen vivo el recuerdo de aquella mañana que los vio partir hacia el agitado barrio de Guayaquil con la mirada puesta en Dios y su planta anhelante sobre el atormentado suelo de la patria. Si la Universidad no se hubiera dado aún su escudo, lo tendría en estos tres varones ejemplares; si no hubiera tomado bandera, la fortaleza, la prudencia, la fidelidad, el valor y el desinterés de los "bolivarianos meritísimos", le estarían indicando el negro y rojo que desde hace cinco lustros encabeza sus desfiles, arropa sus muertos y corona la alta cúpula de su Ciudad Universitaria.

Bodas de Plata

“Caballero Bolivariano” ha sido llamado don Octavio Harry. Y en verdad que lo es!... Su esforzada ancianidad, la fina elegancia de su disertación, lo ilustrado de su verbo, la majestad de su porte, ya le habían hecho acreedor, con amplio asentimiento, a un título que acaba de ratificar el Honorable Consejo Directivo. Largos años de servicios sin sombras, sin timideces, en un prolongado darse que no conoce el descanso, ni ha cedido a la fatiga, distinguen a don Octavio Harry, maestro de maestros, y señor muy calificado, entre los que lo son.

Señor Rector: Ningún homenaje, por elevado que él fuera podría saldar la deuda de gratitud que con vos tienen contraída la patria y la sociedad; ningún reconocimiento por amplio que parezca, podrá decir los sentimientos de devota admiración, que los bolivarianos todos abrigamos hacia vos, alma y nervio de la Universidad, metódico, ordenador, ejecutor afortunado, prudente conductor, esforzado luchador, en quien se conjugan de manera admirable el celo apostólico, el ardor del cruzado y una voluntad contra la cual se doblan los más templados aceros. El triunfo de la Universidad es vuestro triunfo, y sólo ella puede servir de exacta medida a vuestros méritos. Así, pues, traigo el encargo de presentarla como ofrenda, para que se sepa que nuestra gratitud tiene la disminución de lo que más amamos, y no deja resquicio ni fisura, ni aún para las humanas veleidades, que a veces nos alejan de los auténticos símbolos, de los indiscutibles conductores.

A la Universidad hicisteis la ofrenda total de vuestra vida, y sois testigos de todos y cada uno de sus instantes; ella vibra a través de vuestro corazón inflamado, padece en vuestra carne, se gloria de vuestro fecundo rectorado, y sin embargo imitando a Bernanos podrías exclamar: “Cuando esté muerto, decid a la Universidad que yo la amaba más de lo que nunca me atreví a decir...”.

AGRADECIMIENTO

Por Jaime Tobón Obregón

Habréis de perdonarme, colegas doctos y nobles, compañeros míos, que eluda en esta grata oportunidad enumerar individualmente vuestros merecimientos: son ellos táles y tántos que de emprender su solo recuento, la mención quedaría trunca al llamamiento del alba que congrega e invita a entonar de rodillas el Rosario de la Aurora.

En cada uno de vosotros encarna alguna de las excelencias que distinguen la estirpe nuestra: a éste le es consustancial la erudición enciclopédica, a aquél lo destaca su elocuencia, al otro la elegante discreción y la humildad que no alardea y a todos vosotros en fin, son comunes la entereza del carácter, la hidalguía en la acción, la pulcritud en la diaria jornada docente.

Pero diré una vez más, que de seguir por allí, por ese recontar de títulos y gracias que enlucen a estos preclaros doctores, no llegaríamos a término en el lapso breve de esta noche. Por ello, y porque los méritos de los otros servidores condecorados ahora con vosotros, pueden ser menor conocidos y tanto o más ejemplarizantes para sus pupilos y para los nuestros, intentaré —declarada mi insuficiencia— relieves los suyos altísimos.

El Espíritu Santo dió su luz a los electores del “Caballero Bolivariano”; de otra manera no se explicaría tanto acierto: ¡Don Octavio Harry! Paradigma él de las prendas y virtudes que consagran a un autor de caracteres recios, de hombres honrados, de varones dignos y austeros. Este profesor —que lo es por antonomasia— dedicó su vida íntegra al servicio de Jesús el Maestro-Dios, y cada día repitió a sus alumnos que sobre los otros títulos humanos debía estar el de “buen ciudadano”, preferido a todos los demás por nuestro señor don Simón. Don Octavio será símbolo y emblema de la Pontificia Universidad: sabio, bondadoso, discreto, de corazón manso; desconoce la maledicencia, ignora el fingimiento, no transige con los soberbios ni pacta con los opulentos envanecidos. Puede ya sentarse a descansar ante su obra, que es buena y óptima, porque su existencia tuvo por ley aquel principio perfecto en su simplicidad austera: “Para encender lámparas has de llevar fuego en tu corazón”.

Y para qué mortificar más su innata y noble humildad con alusiones a las cualidades insignes de su alma blanca? Digamos apenas que a él conviene como a ninguno otro el nombre de “Maestro”, equivalente en las Sagradas Escrituras al distintivo singular de “Vaso de Elección”. Su vida, llena de adornos espirituales, queda enmarcada en el claustro y su vera efigie siempre será guía cordial de las venideras juventudes.

El Padre Rafael León es el sapiente y virtuosísimo presbítero que lleva aquí y ahora la representación y personería de los Apóstoles de Cristo. Quisiera gozar por un momento de una elación superior, para declarar en tono mayor mi devoción, mi afecto, mi admiración por este ínclito varón del Señor. Día y noche, desde la campanada que cita a la misa primera hasta el toque de ánimas, ha velado insomne por la suerte y la paz de sus pequeños, este sacerdote perfecto, amigo de los inocentes como lo fue el de Nazaret.

Ha cumplido heroicamente en cincmil mañanas, su deber de predicar a los adolescentes que obren rectamente; ha endulzado la diaria tarea de cada uno de sus pupilos, con la unción bondadosa de quien sigue con amor los mandamientos del Divino Señor de los cristianos viejos.

No seguiré adelante, pese a mi buen deseo de enunciar los atributos del amigo carísimo, porque la modestia suya me inhibe y detiene; es tan grato contar las acciones puras y enaltecer las existencias esclarecidas, que me resiente y aflige no delinear los perfiles singulares de este mentor de almas para Dios; pero silencio mis labios como un mejor homenaje al que persigue dones del cielo y merecimientos para la vida perdurable no más. Cambio mi proyectada alabanza por la recordación de Monseñor Manuel José Sierra, quien fue para él, entre los mortales, el que llevó su mayor afecto, y el que le marcó en su carrera eclesiástica ruta, vía y camino por los que marchan sin peligro de equivocarse el rumbo el Padre Rafael.

Don Jesús Cifuentes y don Eduardo Correa: pares ambos de los nombrados ya, compañeros en la brega, émulos nobles y cordiales y sinceros e inmaculados de aquellos hermanos suyos en la ingente lucha para elevar a los que nos sucederán en próximo futuro. Ya el erudito oferente doctor Palacio Londoño nos dió su semblanza y a ésta me atengo. Resulta entonces clara la justicia del homenaje a los abnegados e insignes institutores Cifuentes y Correa.

Llenas de señorío y de triunfos íntimos —que son los de valor cierto— se nos presentan acá las vidas de don Sergio Giraldo y don José Rodríguez; ellos tendrán siempre en su favor un agradecido recuerdo de cada uno de los que pasamos por estas aulas de Bolívar. El más encarecido encomio de sus servicios

siempre oportunos, amistosos e indeficientes, resultaría sin el brillo adecuado; homenaje condigno a sus ajeutorias sería talvez, la permanente presentación ante la grey bolivariana, de la historia de sus acciones para el beneficio común.

Pero vienen y llegan ahora los "Servidores Bolivarianos": Jesús Aristizábal, Manuel Tamayo y Gilberto Alvarez; ya aparecen en la plenitud de la existencia, porque sus años de juventud los ofrendaron generosamente a la Universidad. Lealtad, desinterés, persistencia en el cumplimiento de sus encargos, los acreditan y honran; ellos merecen gratitud; sus hijos y nietos pueden sin vanidad mostrar sus nombres y ejemplares vidas a los prójimos de esta raza y de otras.

El "Benefactor", don Rafael Bolívar Acosta, que esta noche nos honra al compartir la mesa con nosotros, deberá saber que agradecemos con sinceridad plena su amor por nuestra casa. De aquí en adelante tiene él por propio derecho un lugar prominente en el hogar bolivariano; os prometemos cariño, amistad, y los demás afectos fraternos. Aceptadlos, generoso don Rafael, con la seguridad de que si algún día necesitáis o queréis probar el temple y la verdad de los sentimientos que os ofrecemos, seguros estamos de que saldremos con bien de la experiencia.

Señor Rector Magnífico, Directores magnánimos, doctor Palacio Londoño:

La benevolencia vuestra ha trascendido esta vez los últimos lindes al hacer llegar a mí esta distinción que recibo con sonrojo.

Os garantizo si, que del grupo de ahora aquí formamos, ninguno faltará a la gratitud; que cada mañana reviviremos esta noche, para aliento cotidiano que nos fuerce a superar en algo las pasadas negligencias. Nuestras voluntades estimuladas así, procurarán huír de la flaqueza, y en "los días sin sol de la mala fortuna" prometemos pensar en esta efemérides en orden a superar el desencanto.

Gracias pues os damos. Gracias, sí. Pero no deis a esta expresión nuestra el sentido convencional y de rutina en el que no pasa de hueca palabra. Tomadla en esta vez, con un contenido íntimo; como la manifestación de un sentimiento del alma en su ímpetu más puro, cordial y sin mácula.

LOS FUNDADORES MUERTOS DE LA U. P. B.

Por Víctor Carvajal Ortega

Los que asistimos a la fundación de la Universidad Católica Bolivariana hace veinticinco años, quienes han recibido su savia materna, pero especialmente los que han permanecido al pie del fuego sagrado, avivándolo con su aliento, todos entendemos en su profundidad el sentido de esta visita a las tumbas donde reposan nuestros amados.

Más que a tributarles un homenaje que ya no necesitan, hemos venido a cumplir un rito, un deber familiar.

La obra que ellos cimentaron con proyección de centurias en la cultura colombiana y con alcances eternos por el pensamiento cristiano que la inspira presenta ya, en el breve término de cinco lustros, frutos espléndidos en la formación de los cuadros intelectuales y científicos que hoy dirigen a la nación en el sector público y en los diversos frentes de la actividad privada.

Bodas de Plata

Mas no es esta la oportunidad de relievar los méritos de la Universidad. Los grandes centros de educación en los pueblos que integran la cultura occidental conocen ya las dimensiones de esta empresa y la nación agradecida la ha colmado de distinciones y honores.

Nuestra concurrencia a este lugar obedece a un impulso de lealtad, de solidaridad espiritual y humana, para expresar aquí que hemos tratado de ser fieles a su pensamiento; que la línea de conducta trazada por ellos sigue siendo ejemplo y norma de nuestra vida: que tenemos como el más preciado honor el haber estado con ellos en el glorioso episodio de la fundación.

Pero sobre todo, venimos a testimoniar ante los fundadores fallecidos, que quienes recibieron de sus manos el encargo de conducir la Universidad han permanecido al pie de la fortaleza con vigor infatigable. Con la misma fé de piedra que ellos pusieron en los cimientos; con la ardiente esperanza que iluminó sus corazones al comenzar la primera jornada.

Para el Rector Magnífico, Monseñor Félix Henao Botero, para el profesor Guillermo Jaramillo Barrientos, para todos los decanos, profesores y colaboradores que han venido cumpliendo el deber cotidiano, el mejor estímulo, el mayor acicate ha sido seguramente, el recuerdo de los nombres protectores que desde el cielo los asisten.

Hoy más que nunca, la tarea que iniciaron Tiberio de J. Salazar y Herrera y Manuel José Sierra, tiene justificación histórica. Cuando los bastiones de la civilización cristiana son furiosamente combatidos, la sociedad actual no tiene otra defensa que acogerse a las consignas trazadas por aquellos varones ante cuyas tumbas venimos a inclinarnos con piedad filial.

Junto a la loza que cubre las cenizas del primer conductor, ante el nombre en mármol de Manuel José Sierra invocamos la memoria de todos los compañeros, maestros y condiscípulos que están en la presencia de Dios. Juan Evangelista Martínez, Julio E. Botero, Francisco Eladio Tobar, José Manuel Mora Vásquez, Manuel Restrepo Jiménez, Bernardo Echeverri, Manuel J. Betancur, Francisco Cardona Ramírez, Abelardo Tamayo, Francisco Mora Restrepo, Alejandro Palacio, Alcides Grau: vuestras almas forman a la diestra del Altísimo la más firme defensa espiritual de la Pontificia Universidad Bolivariana. En esta efemérides del claustro materno os entregamos una nueva encomienda: la generación que hoy se forma en las aulas de la Bolivariana y la que os acompañó en los días de la fundación os tiene como intercesores ante el Supremo Hacedor, ante su poder providente, para que los valores espirituales que nos enseñásteis a amar no sean abatidos, a fin de que nuestros hijos y quienes nos siguen en el decurso de los días puedan vivir y morir al amparo de su influjo bienhechor.